



un Poeta Yatiri

Cardiaco, concedió esta entrevista durante el Primer Encuentro de Poetas y Narradores Evento al cual fue invitado desde Bolivia por su claro compromiso social y literario.

un símbolo, lo que quiere decir que hay muchos Manuel Fernández, que hay muchas muertes, porque estos mineros puros, trabajadores consigo mismos, son más espíritu que materia, y se van revelando continuamente. Por todo esto, mi poema podía haberse llamado: "Canto a los mineros", porque es la historia de muchos, quizás de todos los mineros.

Los 15 Poetas de Bolivia y la cuestión generacional

—Una de las actividades relacionadas a tu quehacer poético es el Encuentro de 15 Poetas de Bolivia. ¿Cómo nació esta idea?

—La idea nació debido a algunos antecedentes que observamos en el Primer Congreso de Poetas, realizado en Sucre, en 1967, donde se dieron cita un centenar de personas. Sin embargo, allí nos dimos cuenta de que muchos de los presentes no hacían otra cosa que asistir a este tipo de eventos, pero sin ser escritores ni poetas. En el Segundo Congreso, realizado en Cochabamba, fue peor, puesto que había gente que hablaba de cualquier cosa, menos de poesía. Es decir, no habían objetivos claros ni concretos, y ahí se podían distinguir dos grupos por una parte, los que eran poetas, y, por la otra, los que gustaban de las reuniones sociales. Ante esta situación, el primero en dar la voz de alarma fue Julio Ameller Ramallo, quien dijo: "Aquí no están todos los que son, ni son todos los que están". De modo que será mejor que nos juntemos sólo nosotros, los que, además de ser amigos, sabemos que somos poetas y estamos en el mismo camino. Sensiblemente, Julio Ameller falleció en 1977, antes de que se materializara esta idea.

—¿Y cómo continuaron con el proyecto?

—Tiempo después, Roberto Echazú y yo, estando reunidos en Tarija, recordamos este hecho y, en honor a Julio Ameller, decidimos llevar a cabo el Encuentro, sobre la base de 15 poetas, con quienes compartíamos las mismas inquietudes y hablábamos el mismo lenguaje. Así, el Primer Encuentro de 15 Poetas de Bolivia se realizó en Tarija, en 1979. En el Segundo Encuentro, convocado en Oruro, nos dimos cuenta de que el número de poetas creció como una bola de nieve. Y, aunque decidimos conservar el nombre original, estos encuentros han dado jerarquía a la poesía boliviana, además de haber creado un espíritu de solidaridad, porque uno de los mayores defectos de la poesía boliviana ha sido, justamente, el "solitarismo". Por otro lado, la reunión de 15 poetas es circunstancial y no una institución formal. Nosotros no tenemos estatutos ni cuerpos directivos, simplemente convocamos y nos reunimos de una manera espontánea, para hablar de nuestras cosas y criticarnos en un marco de respeto y libertad; un grado de discusión al que es muy difícil llegar en los círculos preestablecidos que existen en La Paz y Cochabamba. Nosotros, en cambio, no somos una institución hermética, sino un movimiento de puertas abiertas.

—¿Cómo defines el proceso generacional en la literatura boliviana?

—Este tema es interesante. Nosotros, sin pensarlo ni proyectarlo conscientemente, hemos descubierto que, a partir del Primer Encuentro de 15 Poetas de Bolivia, no existe un problema generacional, porque tanto los jóvenes como los viejos nos enriquecemos mutuamente. Creo que cualquier pensador o creador no piensa sólo en sí mismo, sino también en los demás y en su comunidad; por eso, lejos de la concepción platónica o aristotélica de la formación de escuelas, nosotros participamos y compartimos con los jóvenes, cuyos padres son nuestros contemporáneos, y los jóvenes han aprendido a superar las barreras atávicas, a veces hipódricas, del respeto, para llegar hacia nosotros y tutearnos como verdaderos amigos. Nosotros les hemos dado confianza a los poetas jóvenes como Edwin Guzmán, Eduardo Kunstek, René Antezana, Eduardo Nogales y otros, y ellos han visto que nosotros no escondemos ningún secreto frente a ellos. Entonces, como es natural, hemos constituido una especie de alianza entre viejos y jóvenes, porque, en vez de estar separados por ríñes de índole generacional, nos hemos empeñado en llevar a cabo tareas que nos conciernen a todos. Claro que, en un principio, cuando hablamos de los 15 Poetas de Bolivia, nos acusaron de ser "elitistas". Los críticos creyeron que nos íbamos a reunir sólo los 15 hasta el fin de nuestros días, pero no fue así, ya que, a medida que fueron pasando los años, se sumaron constantemente valores jóvenes, cuyas inquietudes eran compartidas por varios de los poetas viejos.

En los laberintos de la etnografía y el folklore

—Sabemos que gran parte de tu producción literaria, sin contar tu obra poética, está dedicada al folklore y la etnografía. ¿A qué obedecen tu interés por estos temas?

—Mi interés por el folklore no se debe al hecho de que sea un orureño entrañable, sino, más bien, porque considero que el folklore forma parte de nuestras vidas. Y, como los orureños vivíamos casi en provincia, nos acabó gustando el folklore a fuerza de ver todos los años el Carnaval. Además, como habían cosas que cada año cambiaban en el Carnaval, nos vimos obligados a incursionar en la investigación y la crítica. De ahí que en los años '60, gracias a la iniciativa del Dr. Murillo,

fundamos el Instituto de Investigación Cultural, que nos permitió adentrarnos en los aspectos etnográficos, antropológicos y culturales concnrientes a Oruro. Y, sin tener ninguna formación académica previa, nos pusimos a estudiar en la fabulosa biblioteca del Dr. Murillo, quien era un hombre inquieto y filántropo. Él nos prestó su casa, mandó a construir los muebles adecuados y se constituyó en el primer director del Instituto, mientras nosotros, durante tres años consecutivos, nos dedicamos a estudiar y a trabajar gratuitamente. Yo me dediqué a los asuntos relacionados con el folklore, Héctor Borda a la antropología, otro a la psicología, y así fue surgiendo un equipo de autodidactas que, con el transcurso del tiempo, siguieron investigando por cuenta propia.

—¿Quieres decir que de este modo estás cumpliendo con tu noble tarea de investigador?

—Sí, es un deber intelectual el hecho de rescatar los valores de nuestro patrimonio cultural, rescatarlos de la memoria colectiva y registrarlos en fichas, informes, y luego publicarlos en forma de libros para el conocimiento de todos. Ahora bien, la obra que estamos haciendo en estos momentos no es otra cosa que el despertar de la antropología en Bolivia, aunque ya existen algunos estudiosos, como Antonio Carvalho en el Beni, Víctor Varas Reyes en Tarija, Hernando Sanabria Fernández en Santa Cruz, Antonio Paredes Candia en La Paz, etc. Sin embargo, estoy convencido de que seguimos en una etapa heurística. Es decir, en una etapa de registrar hechos que, posteriormente, permitan a los investigadores entrar en el análisis de estos fenómenos culturales y encontrar los verdaderos valores de nuestra identidad como nación. Creemos haber dado nuestro primer paso, que, además, está bien dado; ahora es deber de las futuras generaciones llegar al análisis como se hizo en Argentina o México. En cuanto a mis libros, por ejemplo, nunca he dicho que son la última palabra en materia de folklore y etnografía, aunque sé que son un valioso aporte. De ahí que en el Primer Congreso Iberoamericano de Folklore, realizado en Santiago del Estero en 1980, presenté una ponencia que ha sido aprobada y recogida, entre otros, en el libro del famoso folklorólogo argentino Félix Colucho, puesto que en mi ponencia, además de considerar los seis factores que caracterizan el fenómeno folklórico (la tradición, el anonimato, la popularidad, la plasticidad, la ubicabilidad y la funcionalidad), añadí la peculiaridad, una séptima característica que va unida a la ubicabilidad, porque no es lo mismo hablar de la diablada en Puno, que hablar de la diablada en Oruro, porque cada una de ellas tiene sus propias peculiaridades. En este sentido, pienso haber contribuido al estudio de la antropología en Bolivia.

—En la actualidad, y después de haber publicado tu libro sobre la cultura de los Chipayas, ¿tienes otros proyectos en marcha?

—Sí, tengo algunos proyectos en los que estoy trabajando y otros que están trunco, debido a la falta de material, de detalles y verificaciones. Estoy preparando un libro sobre la medicina popular, pero no desde el punto de vista de la simple receta, como lo hizo Enrique Obillos Poblete, quien escribió a un nivel heurístico sobre la cultura kallawayá, sino desde el punto de vista del análisis etnográfico; hecho que me está permitiendo constatar que, dentro del mundo de la medicina popular, existen el 'q'illiri, el kallawayá, el lampariri, el chamakani, el talliri, el yatiri, el layqa', en fin, son una serie de once especialidades que las tengo perfectamente diferenciadas. Y en un primer libro, donde nombraré algunas características generales, pienso hablar de una técnica mágica de curación aymara, que se conoce con el nombre de turkara, o sea, cómo estos curanderos logran transferir mi enfermedad a otra persona, animal o cosa. Este sistema

de curación, que es viejísimos en Europa y se la conocía con el nombre de transplante, se la practicaba diariamente en el mundo aymara, donde se dan casos como el siguiente: si una persona me ha embrujado, aunque yo no la conozca, el chamakani o el turkiri hace que, todo ese mal que se me atribuye, vuelva hacia la misma persona que me está haciendo el daño, por medio de un proceso que se conoce con el nombre de kulini (devolver). Como ves, éstos son algunos de los aspectos que contemplo en el libro que estoy elaborando, aunque me falta completar con algunos datos generales. Pero, apenas esté listo, no dudo que el libro será un trabajo revelador desde el punto de vista del análisis etnográfico.

Las enseñanzas del yatiri

—A propósito de estos temas, tengo la curiosidad por saber: ¿Cuándo y por qué te hiciste Yatiri?

—Yo viajé mucho por el campo, y, aunque no hablaba aymara, hice muy buenas relaciones con los campesinos, quienes, por suerte, se comunicaban conmigo en castellano. En cierta ocasión, estando trabajando en el Instituto de Investigación Cultural para la Educación Popular, con un programa de alfabetización que difundíamos a través de Radio Bolivia, se me vino la idea de llevar este sistema de educación popular al campo, donde instalamos un equipo de radio, con la finalidad de que los campesinos hicieran sus propios programas y en su propio idioma. Pero el yatiri (sablo y curandero aymara) me dijo: el Samaja Mallku (deidad principal) me ha hecho soñar y no está de acuerdo con tus proyectos. Entonces, yo le expliqué que la radio y el programa de educación popular no eran malos para la comunidad. A lo que el viejo yatiri me contestó: Si es así, primero tenemos que hacer una wilancha (sacrificio de sangre y ceremonia ritual). De modo que acordamos sacrificar un corderito, con la promesa de hacerlo con una llama más adelante. Pero, al día siguiente, el viejo yatiri no se presentó en el acto, porque se quedó dormido después de la ch'alla (rito religioso en el que se riega aguardiente) de entendimiento de la noche anterior. Entonces, yo les pedí a los campesinos que la ceremonia la iniciara otro. Ellos me explicaron que eso no era posible, debido a que el viejo yatiri era el único que sabía hacer los actos de la wilancha. En tales circunstancias, yo me quité la chamarra, empecé a mascar hojas de coca y me ofrecí a iniciar la ceremonia. Sacrifiqué al corderito y regué con su sangre a la Pachamama (Madre Tierra). Al cabo de esto, les dije: Ahora debo irme. Y ellos me contestaron: Estamos sólo en el comienzo, ahora falta el q'araku (comida o banquete) y la t'inka (adornar con mixturas y serpentinas), en la que nos alegramos y bailamos al ritmo de sicus. Al caer la noche, apareció el yatiri de la comunidad y todos exclamaron: Ha llegado el marq'allava (el que lleva las llaves). El viejo yatiri se abrió paso y preguntó: ¿Dónde está don Alberto? Yo me puse de pie y le contesté: Aquí estoy, abuelo. Entonces, él se me acercó y, dándome un fuerte abrazo, dijo: ¡Jallalla, don Alberto! Desde ahora somos yatiris; o sea, él me dio el título, a diferencia de lo que ocurre en las universidades occidentales, donde primero se tiene que estudiar para luego obtener el título. En este caso, primero te dan el título y después la enseñanza. Así que, todos los viernes y durante cinco meses, empecé a asistir a las enseñanzas del yatiri, con la intención de aprender la simbología de la coca, la meditación, el magnetismo psicológico y otros secretos, que enriquecieron mi trabajo de investigación. —Por último, ¿qué palabra te es más afectiva?

—La palabra ÁRBOL, y, en alguna medida, la palabra RIO. Muchas veces conversé sobre este tema con Roberto Echazú, quien, refiriéndose al trabajo que escribí sobre la poesía de Octavio Campora, me dijo: el árbol es una palabra que se repite con frecuencia tanto en la poesía de Campora Echazú como en la tuya. En efecto, incluso tengo poemas dedicados al ÁRBOL y el RIO.



Victor Montoya, Héctor Borda y Alberto Guerra

* Alberto Guerra Gutiérrez (Oruro, Bolivia, 1930-2006). Perteneció a la segunda generación de Gesta Bárbara y se hizo merecedor de varios reconocimientos institucionales por su infatigable labor al servicio de la cultura y literatura bolivianas.

Victor Montoya. Escritor boliviano, residente en Estocolmo, Suecia.

